Onofroffismo.

La comedia psíquica.

Señor director de *La Nación:*

Misterium ha conversado conmigo sobre el artículo que hoy ha publicado en estas mismas columnas el Sr. Raoul de Morlais. Me ha dicho asimismo que puedo comunicar a usted su respuesta.

Misterium ha conocido a Mme. Blavastky por las propias obras de ella, por la biografía que escribió la hermana y por los apologistas del *Lucifer,* sin contar con el ferviente y apasionado libro de Sinnet, en que se trata de la renombrada y extraordinaria taumaturga.

Pero también ha leído — ¡ay!, desgraciadamente para su credulidad de poeta y amigo de lo supraterreste — los escritos de algunos seño-

res que no son teósofos ni poetas, entre los cuales señores Anderr Lang y Max Müller.

No es *Misterium,* por cierto, adorador de la ciencia; pero protestando y todo, a pesar de la sonada reciente bancarrota, se deja aplastar por el carro de Jugernaut.

Antes—y ahora cuando no sale del recinto de sus sueños—creía en una Mme. Blavastky completamente maga; una Mme. Blavastky que conversaba a millones de leguas con sus amigos y maestros los mahatmas del Tibet; una madame Blavastky que *hacía* materia, y la más preciosa: oro. Imaginábasela rodeada de sus elementales como una reina de cuento azul de gnomos.

Quiso ser teólogo y se dió a estudiar libros y revistas especiales que tenían en las carátulas cabezas de Cristos sobre estrellas enormes, o frases en hebreo, o misteriosos paragramas. Pronunció muchísimas veces, con la unción de un digno catecúmeno, la sagrada y mágica palabra *lum;* y tan a pechos tomó la lectura de autores esotéricos, que poco más y le sucede lo que le sucedió al reverendo P. Valdecebro.

Cuando más vigorosamente se entusiasmaba y juraba por el coronel Olcott, bravísimo profeta de Mme. Blavastky, y afianzaba más su fe al conocer cómo sabios de la talla de Crookes presentaban a Katy King, encantadora difunta, como si fuese una señorita viva, y cómo la Sociedad Teosófica aumentaba sus numerosos adeptos, hindús, ingleses, yanquis, franceses y españoles, cayeron en sus manos los escritos de los antiteosofistas.

Mucho tuvo que luchar *Misterium* para no dejarse arrebatar su ilusión, que juzgaba verdadero tesoro.

Calificó de envidiosos y de cobardes a los que se atrevían a llamar vulgar espía político a la papisa budista, y sobre todo a negarle su potencia maravillosa.

Asistió todavía en espíritu al baile blanco que dió la duquesa de Pomar a la persona astral de María Estuardo, y se refugió en su ensueño para librarse de los mandatos de la ciencia oficial.

Mas hasta allí persiguiéronle los horribles

hombres científicos, los cuales fueron los primeros en pronunciar las palabras que han llamada la atención del Sr. De Morlais: «Monstruoso charlatanismo.»

El Sr. De Morlais debe conocer la campaña emprendida contra Mme. Blavastky y la doctrina que propagaba—sobre todo con motivo de sus milagros y manifestaciones taumatúrgicas.

Mucho han defendido sus discípulos y apóstoles a la innegablemente simpática e inteligentísima rusa, la cual obtuvo su maravillosa ciencia por don especial, pues sin haber frecuentado los libros sabía tanto como muchos sabios.

Mas sus contrarios no cesan, a pesar de haber ella muerto; el número y calidad de ellos, sobre todo la calidad, son abrumadores.

* * *

¿Quiere el Sr. De Morlais una prueba recientísima?

Abra el último número llegado—número de febrero—de la *North Americam Review*, y lea las

páginas escritas por Sedwidg Minot sobre *La comedia psíquica*. La fuente no es, por cierto, de escasa o sospechosa autoridad.

Se ocupa el escritor en dinamitar esos dos palacios de *Las mil y una noches*, que basados en una poética ciencia—¡cómo se entrechocan esas palabras!—son consoladoras y amables Academias para el alma y para la poesía: la *Sociedad Teosófica* y la *Sociedad Psíquica*.

Sus ideas son claras y fuertes, y sus frases sin penachos.

¿Cuál es la causa de los recientes entusiasmos hiperespirituales? Según él, está en nuestra atmósfera mental. Algunas personas no están satisfechas con el ideal cristiano y con la cristiana aceptación de los límites de la humana vida.

Su objeto es demostrar que *Theosophical Society* no merece una seria consideración, y que la *Psychical Society* no observa las necesarias condiciones de investigación científica en sus rebuscas sobre transmisión de pensamiento—*telepatía*—y fantasmas o aparecidos.

«Hay un buen número de gentes que creen en las extraordinarias doctrinas conocidas por budismo esotérico, hacia el cual Mr. Sinnet fué el primero en llamar la atención del público lector.» El poder maravilloso de la papisa está descrito y testificado en el *Occult Nord* de Sinnet. Sedwidg se permite calificar irreverentemente ese poder de «a series of magical performance by aclever Woman who called herself madame Blavastky!» El hecho más extraordinario fué que, habiéndose roto una taza en un *pic-nic,* al que concurría dicha señora, ordenó ésta cavar en cierto punto del campo, en donde fué encontrada otra taza igual, la cual fué *creada* por ocultas y mágicas influencias.

Sedwidg pasa muy rápidamente sobre la parte biográfica de la fundadora de la Sociedad Teosófica: su origen ruso, su nacimiento en 1831; su carácter—¿soportará el Sr. De Morlais?—: «she appears to have been a singullary ill-natured, bad-tempered, injust, indreusonable, and selfish person» — confesábase ella misma dotada de sobrenaturales virtudes y potencias—;

su viaje, por fin, a los Estados Unidos en 1873, donde escribió su *Isis Unveiler.* Allí encontró al coronel Olcott—«a worhty but seeminghy credulous gentheman»—, que fué su principal ayudante para el establecimiento de su Sociedad.

Siendo la India cuna de la sabiduría esotérica, y en donde Mme. Blavastky fué principalmente iniciada, la cabeza, la sede teosófica se trasladó a la India.

Ya establecida allá «la profetisa», convirtió a muchos, entre ellos quien sería más tarde uno de sus más sonantes trompeteros: Sinnet.

Sinnet, iniciado, logró también la comunicación de los mahatmas. Los mahatmas son seres extraños, dominadores de las fuerzas ocultas de la Naturaleza. Pueden hacer caer fresca, en un salón de Buenos Aires, una rosa que acabe de abrirse en París o en Calcuta. Escriben cartas mágicamente; conversan a miles de leguas de distancia; viven cientos de años; tienen ojos misteriosos, fascinadores y profundos. Así los pintan.

«En las naciones occidentales — dice Sed-

widg—y especialmente en los Estados Unidos, han encontrado buen terreno el espiritismo, la clarividencia, el mesmerismo.»

Paul Bourget acaba de darnos en su *Utramar* excelentes páginas respecto al espiritualismo yanqui.

Las mujeres americanas están más expuestas al contagio.

La superioridad absoluta de las ciencias ocultas de Oriente sobre la ciencia occidental, de que habla uno de los interlocutores del diálogo *La Esfinge*, de *Misterium*, está predicada en el *Esoteric Budhism* de Sinnet. Esto es causa de que en las obras terroríficas haya afirmaciones que contradice abiertamente la ciencia oficial. Por ejemplo: afírmase que antes, en tiempos inmemoriales, existía un gran continente en el lugar que hoy llena el Océano Atlántico. Los geólogos han considerado la hipótesis, pero la han positivamente rechazado. No obstante, Sinnet escribe: «La ciencia ha aceptado, por fin, la existencia del gran continente, etc.» «Again he asserts that the vegetable precedes the animal in the process of developement, but it is not truc. *It is truc that Mr. Sinnet and his Mahatma are both gloriousky ignorant of the elementary truths of nature science.*»

La boga adquirida por la obra de Sinnet se debió, según Sedwidg, a que la mayor parte de sus lectores estaban poco familiarizados con las ciencias naturales.

Luego aparecieron los terribles demoledores. Entre ellos el más implacable—«the most cruel blow to esoteric Budhism»—: Mr. Richard Hodgson, talentoso y concienzudo investigador.

Hodgson fué al centro teosófico principal para estudiar los fenómenos; fué a la India. Conoció al desde entonces nombrado Coulomb y su mujer; presenció uno de los fenómenos más importantes y estupendos: el de las cartas enviadas mágicamente por *desintegración*; vió colocar en el misterioso gabinetito llamado *shrine*, las cartas que debían desintegrarse. El *shrine* fué entonces cerrado; las cartas se *desintegraron* y aparecieron las respectivas contestaciones:

«Los discípulos creían y creen que las cartas

eran quitadas por desintegración, por el poder mágico del oculto introductor o mahatma.

»Vivía éste, asegurábase, en el Tibet, y las contestaciones eran compuestas por él, desintegradas en el Tibet y reintegradas en el *shrine.*»

Mr. Hodgson descubrió que el *shrine* tenía una falsa entrada *que se comunicaba con el dormitorio de Mme. Blavastky...*

Las cartas que se creían obra del mahatma eran escritas por ella. De un lado del *shrine* había credulidad; del otro, fraude.

Después apareció el célebre Molinis, uno de los principales actores de *La comedia psíquica.* Pero todo el honor a la señora:

«Mme. Blavastky was certanily one of the most success full of impostos.»

Y luego:

«Mme. Blavastky and other *charlatans.*»

¡Oh, el desolado *Misterium* no perdona, como el Sr. De Morlais, seguramente, tamaños epítetos dirigidos a una sacerdotisa del Misterio! Mas los hombres de la ciencia no respetan los hermosos sueños ni los poéticos entusiasmos.

Misterium escribió, pues, sustentado en algo más que en una revista de Papus.

Y me ha encargado manifestar al Sr. De Morlais, junto con su agradecimiento por sus palabras lisonjeras, el deseo de que nunca tenga que lamentar la pérdida de sus ilusiones teosóficas.

Creer en algo: he ahí una riqueza.

¡Ah!, es doloroso tener que convencerse de que Mme. Blavastky no haya podido prolongar su vida quinientos años; que Papus haga negocios con sus facultades mágicas; que Peladán esté en continua berlina, y que Onofroff, el grande y culto Onofroff, tenga que sufrir muy pronto la misma suerte, el mismo triste olvido que la serpentina, el hombre descuartizado y *La verbena de la Paloma.*

El amigo Azaroff.

Tengo un amigo que se llama Azaroff. Es estudiante; vivía en un cuartito estrecho y barato. ¿Es nihilista? No lo sé. Lo sospecho. Lo conocí en una conferencia de Mecislas Golberg, una noche, en el café Voltaire. Es un hermoso gigante rubio, de frente pensadora, ojos dulces, brazos fuertes, largos cabellos. Escribe sobre Filosofía y sobre Poesía y hace versos en su idioma. Es silencioso; mas en horas de amistad y de expansión mental se desborda en francés puro — le conoce admirablemente —, y ese eslavo, ese bárbaro parece un ardiente latino. ¡Cuántas noches hemos hablado de altas cosas, de nobles asuntos, recorriendo las orillas del moroso Sena! Ha sido amigo de Gorki y me ha contado curiosas anécdotas de la vida de ese sincero y grande

escritor. ¿He dicho yo que Azaroff es muy pobre? Con un escasísimo puñado de rublos que recibe de un pariente moscovita, logra todavía «proteger» a dos compañeros. Uno de ellos es una joven que estudia Medicina y que es de una belleza soberbia e imponente. Ahora, sabed bien esto que parece extraordinario a mi sangre meridional y a mi idea de la existencia: Azaroff no tiene el menor interés sensual ni sentimental con esa cuerda y admirable amiga. Ella no le ama; él no la ama. Se quieren y se cuidan como dos camaradas buenos. Ella le hace el *ménage*, le zurce la ropa, le pega el botón que le falta; le va a buscar las patatas fritas, le calienta el samovar. Él le lleva flores y libros usados de los *quais*. Leen juntos sus novelitas y sus poetas; van al concierto el domingo, una que otra vez al teatro. Después se separan con un cordial apretón de manos. Y él es para mí maravilloso así, y ella es honrada, como lo pueden asegurar sus vestidos más que humildes y sus zapatos gastados. ¡Con ese par de ojos, con esa tez de rosa fresca, con ese cuerpo y en este París!

Esta mañana vino Azaroff a verme muy temprano. Su visita era visita de despedida. «Me voy — me dijo —, me voy en el tren de esta noche.» Blandía un diario. Tenía en los ojos, suaves y azules, relámpagos. Jamás le vi así. Recorría la habitación movido por sus nervios en tempestad. Comprendí lo que pasaba en su espíritu. «Las noticias de su tierra... ¿no es así, mi querido amigo?

— Sí — me contestó con una voz que yo le conocía —. Sí, por fin despierta Rusia; por fin despierta de un profundo sueño de siglos.

Las noticias: el pueblo, por primera vez alzando su voz de protesta; el zar, ignorante y como acorralado en su palacio, titubeando entre la oleada de afuera y la opresión de adentro; la sangre sobre la nieve en plena capital autocrática; las tropas fusilando y lanceando a la muchedumbre; un pope que lleva la voz de los que protestan y a su lado la simpatía de toda la tierra; el comienzo de una tragedia, que será la repetición histórica de la tragedia francesa de la Revolución, así el paisano ruso no esté a la altura

del paisano de Francia, ni la monarquía del autócrata de San Petersburgo esté en iguales condiciones que la elegante y culta monarquía que tenía por flor suprema el libro llamado *María Antonieta;* el evangelismo tolstosiano de Tasnaia Poliana transformándose en la acción violenta y la represalia; el «padrecito» convertido en verdugo de su pueblo.

— El «padrecito» convertido en verdugo de su pueblo, quizá *malgré lui!* — dije a Azaroff.

— Sacha, el padre de este «padrecito», fué despedazado por la dinamita — me contestó —. El fenómeno que hoy presencia la Humanidad es el de la transformación de la protesta individual o de asociación, en protesta colectiva y unánime, en el grito general del pueblo ruso. Se ha cazado en las calles y sobre el Neva helado a las pobres gentes, como a patos. No sabe lo que hace el Gobierno; no sabe lo que ha hecho. Las célebres palabras: *C'est une nuente? — No, sire c'est une révolution!*, tienen ahora una explicación justa. Se ha despertado a esa enorme nación, en verdad, de su sueño de siglos. Es cierto

que en el fondo de las estepas hay una pasividad casi de piedra y que se ignora todo; mas el mujick mismo oirá estos clamores, y la sangre tiene una elocuencia irresistible. Son los trabajadores los que se levantan y son los intelectuales, y hay los creyentes y hay los que no creen. Os aseguro: en el ejército mismo hay una buena parte que está con nosotros.

Ha habido soldados, ha habido cosacos que han arrojado sus fusiles para no tirar contra sus infelices hermanos. Hay quienes opinan que es menos peligrosa para la corona rusa la acción colectiva que la acción individual; yo digo que una no quita otra y que no impide la obra revolucionaria el gesto anárquico y vengador de un Sasanoff. Hay quienes también censuran la oportunidad del movimiento y dicen que no es de quienes buscan el bien de la patria el levantarse cuando el extranjero enemigo está venciendo al ejército nacional allá en Manchuria... A Manchuria debían haber ido a disparar sus rifles los asesinos de obreros, de mujeres, de viejos y de niños. A Manchuria debían haber ido a mos-

trarse valientes, y no contra los trabajadores desarmados que no han ido sino a pedir justicia, que no han solicitado más que ver al emperador, el cual ha evitado la entrevista por malaconsejado o por miedoso, a pesar de la tranquila actitud popular y de las advertencias del bravo pope Gaponi.

Azaroff fumaba, y sus palabras salían envueltas en humo.

—Ya veréis—continuó—cómo renace en un momento la energía de los indomables de antaño. Se dice que el Gobierno sabrá reprimir el movimiento. Sin embargo, el explosivo va como el grisú por lo subterráneo. Se agitará el pueblo en Varsovia, en Riga, en todas partes; los centros revolucionarios que trabajan en el extranjero activan su labor. No será extraño y será casi seguro que los atentados aislados del nihilismo empiecen de nuevo. ¡Ah, pobre gigante ruso! ¡Por un lado se hace destrozar por los hábiles japoneses, que ellos, sí, a pesar de ser el Micado descendiente de dioses y a pesar de haber sido hasta ayer un pueblo bárbaro, tienen Constitución, tienen leyes que reglamentan el trabajo, tienen libertad de la Prensa; y por otro, se hace fusilar por los seides de la más absurda tiranía en pleno siglo XX!

¡Y esa riqueza, y ese robo, y ese peculado de arriba ante la miseria y los sufrimientos de abajo; y esa ignorancia y ese fanatismo, provechoso a quien no solamente es el monarca absoluto, sino también el papa, el jefe espiritual y sacro cesáreo de tantos millones de hombres! Y esos grandes duques borrachos, que vienen a hacer escándalo a casa de Maxim, a los hoteles de la Riviera; esos venturosos haraganes que desde que nacen tienen millonadas de rublos, honores, consideraciones y respetos..., ¿cuántos de esos Vladimiros y Cirilos andan a la cabeza de las tropas allá donde los infelices soldados están muriendo sin saber casi por qué, y a los que no se les da más consuelo que iconos y bendiciones? La sangre derramada en la guerra y la de los obreros se juntan para la conciencia rusa, que no ve más que una causa: la secular oligarquía que había de desaparecer al empuje de la

Revolución rusa. Por más que murmuren los incrédulos, ya se verá en todo el mundo el resplandor que brotará de la ardiente hoguera de la Revolución rusa... Yo me voy; otros compañeros se van. Vamos exponiendo la vida; pero hay que cumplir con el deber. Aquí, en París, en otras partes de Europa, en Estados Unidos, tenemos focos organizados que alentarán de diferentes guisas el impulso. No ha de pasar mucho tiempo sin que grandes acontecimientos revelen a la Humanidad que el pueblo ruso no es un pueblo muerto. Allá serán capaces de matar a unos cuantos directores; matarán a Gorki, por ejemplo; pero hay muchos jacobinos que le reemplazarán. La protesta activa se hará también notar en otras partes, sobre todo en donde la policía del zar abunda, en donde somos los rusos de ideas libres vigilados y perseguidos. Y luego, repito, que en el pueblo de allá no hay tanta ignorancia de lo que pasa. Los proverbios son, como sabéis, la sabiduría de las naciones. Y los proverbios nuestros dicen: «La Rusia es grande y el zar es ancho.» — «Si el zar nos da

un huevo, nos toma una gallina.» — «La corona del zar no le libra del dolor de cabeza.» — «Cuando el zar muere, ni un mujick quisiera cambiarse por él.» — «Una lágrima del zar cuesta al país muchos pañuelos.» — «Un zar bien gordo no pesa más en las espaldas de la muerte que un mujick flaco.» — «La mano del zar no tiene más que cinco dedos, como las otras.» — «El zar mismo no puede apagar con su soplo el sol.»

—¡Adiós! — me dijo Azaroff —. ¡Quién sabe si volveremos a vernos!

— ¡Adiós, Azaroff, amigo mío, puesto que vas a tu tierra a trabajar por la libertad de tu pueblo inmenso!

Luego he visto a su amiga la hermosa estudiante. Le hablé del compañero que partía, y vi en su rostro admirable, en el gesto de sus frescos labios, en lo hondo de sus brillantes ojos, más orgullo que pesar.

—¿Que no hay amor?... — le pregunté.

—¡Sobre el amor—me dijo—está la libertad!